

LA SAGRADA FAMILIA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 2,2240.º

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor [(de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor») y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones»)].

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo.

Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres (para cumplir con él lo previsto por la ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel.

José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre:

—Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.]

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

LA FAMILIA CRISTIANA

Celebramos la fiesta de la Sagrada Familia, el recuerdo festivo, en el ambiente de la Navidad, de la Familia de Nazaret, fiesta que nos invita también a renovar nuestro compromiso cristiano hacia nuestras propias familias.

La sociedad ha cambiado mucho en estos últimos tiempos y ello ha afectado también a la familia, hasta el punto de ponerla en un cierto estado de crisis.

El Papa Francisco consciente de la encrucijada en la que se encuentra, ha mostrado, desde el comienzo de su pontificado, un especial interés por la familia y ha hablado de ella en numerosas ocasiones, resaltando la importancia de “cuidarla con cariño”.

He aquí algunas de sus reflexiones...

- ✓ *“Aquellos que pesa más de todas las cosas es la falta de amor. Pesa no recibir una sonrisa, no ser recibidos. Ppesan ciertos silencios. A veces, también en familia, entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos. Sin amor, el esfuerzo se hace más pesado, intolerable. Si falta el amor, falta la alegría y el amor auténtico nos lo da Jesús”*
- ✓ *“Hay tres palabras mágicas: Permisamente no ser invasivo en la vida del cónyuge. Gracias, agradecer lo que el otro hizo por mí, la belleza del decir gracias. Y la otra, perdón, que a veces es más difícil, pero es necesario decirla”*
- ✓ *“La verdadera alegría viene de la armonía profunda entre las personas, que todos experimentan en su corazón y que nos hace sentir la belleza de estar juntos, de sostenerse mutuamente en el camino de la vida”.*

Fruto de la importancia y de la preocupación del Papa Francisco por la familia, el pasado mes de octubre, ha convocado un Sínodo sobre la Familia, un Sínodo que continuará a lo largo de 2015. Se trata de un proceso abierto que implica e interpela a todos los componentes eclesiales para tratar de identificar “la vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo”

Pero sin perjuicio de estas iniciativas, de estos golpes de timón que los tiempos actuales requieren, es evidente que la familia cristiana ha de tener sus ojos puestos en la Sagrada Familia de Nazaret: Jesús, María y José como ejemplos a imitar.

Si bien los tiempos han cambiado en todos los órdenes, culturales, sociales o económicos, en cada época y en cada circunstancia cada familia debe buscar su modo de vivir cristianamente la relación familiar. Intentar descubrir cómo en nuestras circunstancias, en nuestra realidad presente habrían vivido Jesús, María y José.

El clima de la familia de Nazaret y el Evangelio de Jesús han de ser, pues, el telón de fondo para el nacimiento de un nuevo equilibrio familiar, en el que se vivan unos valores que sean el inicio para dar respuesta a muchas crisis en las que hoy está inmersa nuestra sociedad.

Dos de estos valores genuinamente evangélicos que con toda seguridad la familia de Nazaret haría de ellos vida, son la fraternidad y la gratuitidad.

Fraternidad. En una sociedad que invita a la competencia agresiva, al dominio de unos sobre los otros, a la rivalidad sin límites, en una familia cristiana se puede vivir la experiencia de la fraternidad. Una fraternidad que se traduce en una escuela de compartir, de colaborar y vencer el egoísmo cada día. Y si en la familia es posible, por qué no fuera de ella. Es cuestión de aprender. El amor no es un tesoro que se guarda, sino una simiente que se planta cada día.

Gratuidad. En una sociedad en la que todo se compra y se vende, la familia es el espacio en el que más fácilmente pueden vivenciarse unas relaciones gratuitas, no interesadas. La familia es el lugar en donde es posible aceptar a las personas por ellas mismas, independientemente de su productividad y eficacia. En la familia pueden convivir hermanos útiles y no útiles, inteligentes y menos dotados, sanos y enfermos. Aún más: la familia se suele volcar más en los más débiles.

Con esta experiencia, la familia resiste y lucha contra las tendencias que se respiran en muchos ambientes: apartar a los no productivos, los enfermos, los ancianos. La fe cristiana, que tiene como espina dorsal la gratuitad de un Dios que se da, nos ofrece grandes potencialidades educativas para expresar en la vida familiar este valor tan necesario para colocar en los cimientos de una nueva sociedad.

Pero también es verdad y lo sabemos por experiencia, que en la vida de familia es inevitable que surjan a veces motivos de queja de unos para con otros. No se trata de disimularlo siempre, de no decirlo claramente nunca. Pero tampoco se trata de convertir nuestra vida familiar en una queja casi continua, en una especie de reivindicación exigente ante los demás.

Y no está de más recordar que...

- Los defectos no son exclusivos de los otros ya que todos tenemos los nuestros
- El mejor modo de ayudar a los demás a curarse de sus defectos es la cordialidad y el buen humor
- Para mejorar en toda relación de pareja, en toda relación entre padres e hijos, o con los demás miembros de la familia, lo inteligente es fijar siempre la mirada, más en lo positivo que en lo negativo.

De algún modo, perdonarse es esto: ¡mejorar nuestro modo de mirarnos! ¡Que así sea!

